

Alonso de Freylas, *Si los melancólicos pueden saber lo que está por venir con la fuerza de su ingenio o soñando*,

ed. Felice Gambin,

Palma de Mallorca, José J. de Olañeta Editor, 2023, 198 pp.

FRANCESCA COPPOLA

Università eCampus

frcoppolaunisa@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-2441-4323>

Estudiar el tema de la melancolía en su conjunto es algo que constantemente se escapa de las manos. Implica conocer toda una tradición que abarca desde la Antigüedad, pasando por la Edad Media y el Renacimiento, hasta llegar a la melancolía del artista contemporáneo. Como es sabido, la cantidad de autores que de un modo u otro han tratado el tema es inabarcable. Es precisamente por ello que, de cuando en cuando, el trabajo atento de algún estudioso logra rescatar textos olvidados pero dignos de mención. Es el caso, sin duda, de la primera edición crítica de *Si los melancólicos pueden saber lo que está por venir con la fuerza de su ingenio o soñando*, a cargo de Felice Gambin, catedrático de la Universidad de Verona y especialista en el tema desde hace casi dos décadas. Prueba de ello son los numerosos trabajos que el profesor Gambin ha dedicado al asunto, de los cuales, baste

como ejemplo el sobresaliente *Azabache. El debate sobre la melancolía en la España de los Siglos de Oro* (Biblioteca Nueva, 2008). Añádese a ello que, con este nuevo volumen, el estudioso recupera un texto del que ya había preparado la traducción al italiano titulada *I malinconici e la divinazione* (Firenze, SEID Editori, 2012): una labor sumamente significativa para todo aficionado del tema que no conozca el idioma castellano.

A pesar de ser breve, *Si los melancólicos* es un texto peculiar, escrito por el médico andaluz Alonso de Freylas y publicado por Fernando Díaz de Montoya en 1606, en Jaén. Hoy en día, vuelve al alcance del curioso lector gracias a la editorial mallorquina José J. de Olañeta, en la colección *Centellas*. La edición crítica –un ejemplar de tamaño pequeño y elegante a la vez– ofrece el discurso de Freylas, centrado en

la melancolía y en sus proyecciones nocturnas —aquellas que cobran vida en la dimensión del sueño—, junto a un amplio estudio preliminar y a un aparato de notas que reconstruyen la atmósfera y las inquietudes de la época. Sabemos, de dicho estudio, que esta joya de la literatura médica es uno de los tres tratados que formaban parte del libro impreso por Montoya, cuyo título, realmente largo, merece la pena transcribir integralmente: *Conocimiento, curación y preservación de la peste. Adonde se trata lo que han de hacer las ciudades y gobernadores de ellas, y cada particular vecino en su casa. Y el remedio con que se ha de preservar y curar el particular sujeto de cada uno, según su complexión, edad y naturaleza. Va añadido un tratado nuevo del arte de descontagiar las ropas de seda, telas de oro y plata, tapicerías, lienzos, y otras cosas contagiadas. Con un discurso al fin, si los melancólicos pueden saber lo que está por venir con la fuerza de su ingenio o soñando.* Sabemos, además, que Freylas nació en 1558 y fue discípulo de Francisco de Vallés, nada menos que “uno de los más importantes médicos del siglo XVI y médico personal de Felipe II” (p. 15). Entre 1596 y 1599, Freylas fue también médico del obispo de Jaén, Bernardo de Rojas y Sandoval, otra figura relevante de aquel momento.

La publicación del libro surgió a raíz de la espantosa peste procedente de Flandes, que penetró por el puerto de Santander entre finales del siglo XVI y principios del

XVII. Debido al alto número de víctimas en todo el reino, el autor andaluz sugirió medidas decisivas para superar la epidemia, posteriormente concretadas en *Conocimiento, curación y preservación de la peste* con el objetivo de defender la salud pública de todos los territorios del imperio.

Con respecto al formato del libro, el editor nos informa que es “en 4º, consta de 20 folios no numerados al principio, de 254 folios numerados, de 4 folios numerados que contienen los índices. Entre los folios no numerados hay dos xilografías a toda página, la primera de la ciudad de Jaén, colocada antes de la dedicatoria de Freylas, la segunda, al final de la misma” (pp. 16-17). Entre los varios testimonios consultados en la Biblioteca Nacional de España, en la Biblioteca Real, en la Biblioteca Provincial de Jaén, en la Biblioteca de la Universidad Complutense, nuestro discurso ocupa un total de 6 folios, “a veces antes y a veces después del *colophon*, que lleva fecha de 1605” (p. 17).

Antes de adentrarnos en el brillante texto sobre la afectación melancólica que aquí nos interesa, es importante aclarar la estructura de la obra, dispuesta en cuatro partes. En la primera se explica qué es la peste, se detallan los síntomas que la anuncian y se discuten las causas que la provocan. En la segunda se proporcionan datos que confirman que la enfermedad que azotó la ciudad era efectivamente

peste, fortaleciendo así los sistemas ideados para combatirla. En la tercera parte se proponen “medidas preventivas para defender las ciudades y las precauciones oportunas para salvaguardar la salud de cada cual, teniendo en cuenta la edad, el temperamento, el estilo de vida” (p. 22). Finalmente, en la última “se describen algunos procedimientos para desinfectar muchos objetos tocados por el contagio, evitando así la costumbre de quemar todos los objetos y los bienes de los apesta-dos, con evidente daño para los individuos y para la comunidad en su conjunto” (p. 22).

Las páginas introductorias subrayan también cómo, según Freylas, existen dos tipos de melancólicos: los de naturaleza fría y seca, amantes de la soledad, los llamados “saturninos” (p. 36); y aquellos de gran ingenio y prudencia, destacados en las artes y la administración de la justicia. Posteriormente, se profundiza en la clarividencia que caracteriza a esta tipología de individuos, en su capacidad para predecir acontecimientos durante el sueño, y en cómo esta facultad profética ya había sido reconocida por la medicina, la filosofía y la teología de la época. De ahí que el profesor Gambin conduzca al lector a través de un *excursus* sobre las reflexiones que se habían difundido al respecto. Comienza con el *De divinatione* de Cicerón, una verdadera “mina de información sobre las [...] prácticas adivinatorias” (p. 40);

luego pasa al *Teeteto* y al *Fedro* de Platón, donde se describe a la segunda tipología de hombres que viven bajo el signo de la melancolía: los sagaces, como se ha dicho. El tema es tan debatido que no faltan referencias a él en los *Problemata XXX, 1* de Aristóteles, en *De vita* de Marsilio Ficino, en el *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada, en el *Tratado de verdadera y falsa profecía* de Juan Horozco y Covarrubias, en *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* de Juan de Pineda y también en una obra de Vallés, el maestro de Freylas, *De iis quae scripta sunt physice in libris sacris, sive de sacra philosophia* (Turín, 1487). De acuerdo con el mentor de nuestro autor, “si alguien habla lenguas nunca aprendidas o presagia el futuro en sueños, ello es posible no gracias al humor melancólico sino a que intervienen espíritus buenos o malos” (p. 61).

El contexto que el doctor Freylas pone en juego refleja las preocupaciones de su época. Para él, es de fundamental importancia distinguir entre profetas falsos y verdaderos, puesto que a esta altura temporal España, igual que toda Europa, se ve afectada por numerosas figuras de místicos, pero también por personajes estrafalarios e incluso farsantes. Por tanto, es imprescindible profundizar en la naturaleza de los melancólicos para discernir entre los fenómenos reales y los aparentes. Freylas establece, al respecto, tres clases

de adivinación: la falsa, la divina y la natural. Sin embargo, según el médico esta última no merece crédito, es decir, no se considera posible sin la intervención de fuerzas procedentes de la esfera celeste o demoníaca. En cambio, lo que sí considera posible es que los individuos de temperamento melancólico puedan ser un medio a través del cual el diablo introduce en el plano terrenal jactancias, o bien que el Señor transmita, tocando al hombre con su gracia, dones sobrenaturales. En otras palabras, es necesario discernir atentamente los acontecimientos que llevan el sello de Dios de aquellos que serían obra del demonio. Nuestro autor no va más allá de esto ni se compromete abiertamente con las teorías expuestas en su discurso: se limita a presentarlas cuidadosamente al lector, manteniendo el justo equilibrio entre las ideas científicamente aceptadas y una heterodoxia arriesgada.

A la luz de lo dicho y tras este repaso por el contenido y la fisonomía del volumen, es posible afirmar que se nos revela como un precioso testimonio en el campo de los estudios sobre literatura y medicina, que resalta por la claridad y la rectitud de su método. El rescate de esta fuente documental, sabiamente abordada por el editor, representa una investigación valiosa que invita a descubrir muchas otras posibles de igual relevancia. Quizá aquí resida una de las mayores virtudes de la edición de Gambin: en su potencial

para abrir nuevos casos y perspectivas. Sea, pues, muy bienvenido este enjundioso trabajo.